

Agradecimientos

Escribir es un trabajo lento y solitario. Sin embargo, nunca me han faltado apoyos. Por ello, querría darle las gracias en primer lugar a Soledad, mi madre, que me ha aguantado pacientemente todos estos años, a mi padre José (1955—2001), que tanto me enseñó, y a mis hermanas Juana Mari y Raquel.

A las personas que leyeron el borrador aportando ideas y correcciones: toda la familia Reina (Paco, Ángeles, Fran y Ángel), y Javi Moro (y Pura). A los amigos de siempre (ellos ya saben quienes son), por tantas noches de juerga e inspiración, en especial a Raúl, María José y Bosch. A la princesa Beatrichi, porque ahora las estrellas brillan con más intensidad. A mis hermanos Antoñico, Sevi y Pablo, por los años que nos quedan. Por supuesto, a Ángel Polo, Diego Corraliza y Juan “*Conejomutante*” Saurín, por tantas y tantas pifias y críticos en los Reinos Jóvenes. Al Vellochino de Oro, por echarle huevos a la cultura. A la gente de Alicante, Murcia y Gijón, por la confianza. A Rafa Pons y Fabián Díez Cuesta, que me acompañaron con su música en este largo viaje. Y, por supuesto, a Carlos y Jorge, por brindarme esta oportunidad.

Por último, dejo a los dos más golfos, y también a los que más les debo.

A Mariano Sánchez Soler, el Jefe de la Banda en Alicante, que me enseñó todo lo que sabe y me mostró el camino a seguir. Sin sus ánimos, consejos y collejas no habría llegado jamás a plantearme ser escritor. Te debo mucho, maestro.

Y, cómo no, a mi David Mateo, ese pedazo de Tobías Grumm, que confió en mí cuando no lo hacía ni yo mismo, que me demostró que era posible alcanzar la meta si estás dispuesto a trabajar duro. Nunca un dragón fue tan generoso. Gracias, amigo.

Se os quiere.

Sir Claus de Cucudrulus
año 8373 tras el Armisticio.

PRÓLOGO

LA BALADA DE LOS UROGALLOS

Señores, dejad que me presente. Me llamo Ferrick el Urogallo, bardo trovador y aventurero ocasional. Hoy aparezco ante ustedes con una historia de amor y compañerismo, de poder y traición, de sacrificio y muerte... en definitiva, una narración universal.

Los dedos de Ferrick tomaron extrañas formas, presionando las cuerdas del banjo. Sus únicos tres espectadores se miraron entre sí con cara de circunstancias. En un trabajo en el que pasar desapercibido era la diferencia entre vivir y morir, llevar de equipaje a un bardo bocazas y estrambótico suponía un riesgo que pocos estaban dispuestos a correr. Desde sus botas de punta enroscada a su sombrero decorado con una enorme pluma de color rojo, el aspecto de Ferrick era el contrario al de un aventurero.

Antes de que pudiera entonar una sola nota, Gulfer le arrebató el instrumento y lo arrojó a las llamas de la pequeña fogata. El crepitar del fuego al quemar la hojarasca y la madera se convirtió en un gran chasquido cuando las cuerdas de crin se desprendieron. En apenas un pestañeo, el artilugio quedó inservible. El estilizado trovador se puso en pie frente al guerrero, encarándole. Ni el aspecto fiero del bárbaro ni su enorme envergadura intimidaron a Ferrick.

—¡Maldito seas! ¡Ese banjo fue un obsequio del Rey Stirss de Shaladerr!

—Da gracias a que no te hubiera regalado una flauta, porque entonces te la habría metido por el...

—Ya basta —ordenó Lord Gaus, imponiendo un tono conciliador—. Mientras yo sea el jefe de esta expedición no toleraré ninguna disputa interna. Puede que los modos de Gulfer no sean los más apropiados, Ferrick, pero tienes que entender que pronto se nos echará la

noche encima y no queremos llamar la atención. Tu música es del todo inapropiada en este momento, amigo mío.

Gulfer le miró con desprecio y soltó un gruñido. El orgulloso guerrero odiaba al músico. Lo consideraba un cobarde o, lo que es peor, una molestia. Cuando lo vio por primera vez en la taberna del Perro Cojo supo que sería una carga para el resto del grupo. Sin embargo, Lord Gaus les había convencido de llevarlo, pues así podría narrar sus proezas y, tal vez, burlar al olvido con el que llega la muerte.

Faltaban pocos minutos para el anochecer, aunque apenas se notaba en la penumbra del bosque. Lord Gaus, el veterano y sabio paladín, se sentó en el suelo al abrigo de la hoguera mientras se mesaba la barba. Las llamas provocaban extraños brillos sobre su inmaculada armadura. Gulfer se alejó unos pasos y se apoyó contra la raíz de una enorme secuoya. Ferrick extendió su capa sobre la tierra fría y se tumbó de lado, dando la espalda a los demás. A su lado se encontraba Riss Seisededos, el jovial ladrón, confundido con las sombras gracias a su tétrica indumentaria.

—Hay una pregunta que deseo hacerte desde que te conozco, Ferrick —dijo el pícaro.

—¿Y cuál es?

—¿Por qué te llaman «Urogallo»?

El bardo mostró una amplia sonrisa y se volvió hacia su interlocutor.

—Oh, vaya, esa es una gran historia.

—No, más historias no... —susurró Gulfer junto a un árbol.

—Verás —continuó el trovador—. La presente narración tuvo lugar durante una de mis aventuras en la lejana tierra de Grumm. Viajaba con el grupo comandado por el legendario Sir Crauvet cuando nos vimos sorprendidos por una manada de urogallos. Aquellas terribles aves se abalanzaron sobre nosotros, y apenas las podíamos contener. Nos atrincheramos contra unas rocas, pero las bestias eran demasiadas para nuestra pequeña expedición. Cuando todo parecía perdido, tuve una idea. Me puse a entonar los gruñidos de aquellos seres, y mi perfección fue tal que los urogallos se quedaron inmóviles y pudimos exterminarlos uno por uno. Desde entonces llevo los restos de su plumaje sobre mi sombrero, para recordar que hubo un día en el cual...

—Esa no es una pluma de urogallo —dijo una voz proveniente del bosque. De la oscuridad surgió el intrépido Jal Hid con un cervatillo sobre sus hombros. El cazador dejó la carga en el suelo y se sacudió la armadura de pieles.

—¿Cómo que no? ¿Estás insinuando que mi discurso es falso?

—Eso no lo sé, pero de lo que estoy seguro es que esa pluma no es de urogallo.

—Reconócelo de una vez, Ferrick —interrumpió Gulfer con una sonrisa dibujada en su curtido rostro—. Di que compraste ese sombrero de una tienda de empeños.

—O se lo robó a un cadáver —añadió Jal Hid.

Entre risas y discusiones, Lord Gaus cerró los ojos, tratando de evadirse del ruidoso grupo de valientes que se habían alistado en su causa. No perdía de vista que lo único que les motivaba era la promesa de gloria y fortuna que sus viajes traían implícita, aunque él sólo veía codicia en sus rostros

Ferrick era el único que le acompañaba tratando de huir de la refinada vida de la clase noble a la que pertenecía. Ansiaba vivir aventuras que poder incluir en sus relatos. Como bardo era bastante bueno, aunque su carácter desinhibido molestaba al resto.

Pese a todo, el trovador había encontrado a un amigo en Riss Seisdedos. El alegre carácter del joven ladronzuelo contrastaba con su porte lúgubre. Tras su capucha brillaban dos ojillos aviesos, y su forma de moverse recordaba a la de los felinos. Lord Gaus sospechaba que, tras la fachada encantadora del muchacho había intenciones mucho más preocupantes. Sin embargo, necesitaba a alguien que pudiese detectar trampas en el lugar al que iban.

Gulfer era un fornido guerrero que chocaba con el intelecto avieso de Ferrick. Desde que se conocieron no habían dejado de discutir. El enorme bárbaro provenía de un aguerrido clan de luchadores del norte, y quería hacerse un nombre a base de honor, acero y sangre, al igual que sus antepasados. Esperaba regresar a su tierra como un gran héroe, cubierto de riquezas y fama. Su valor y arraigo estaban fuera de toda duda, y su pericia con el hacha era más que excelente.

Jal Hid era el que menos le gustaba de todos. Lo contrató la víspera de su salida cuando el guía con el que iba a viajar enfermó de Peste Azul. Su sustituto no estaba a la altura del anterior, era un irresponsable, incapaz de mantener la concentración en otra cosa que no fuera cazar. De vez en cuando desaparecía por los alrededores y había que esperar a que volviese. Eso ralentizó la marcha del grupo, hasta tal punto que llevaban un día de retraso. Pese a todo, era bueno orientándose, y sin su ayuda aún habrían tardado más tiempo.

El paladín respiró hondo y casi pudo oler de nuevo las calles de Frolenjuz, la ciudad erigida sobre las ruinas de la antigua Orighalzur. Al abrir los párpados pudo comprobar que seguía en mitad del Bosque de las Brumas. Los enormes árboles parecían estatuas a su alrededor, con el aspecto pétreo de su corteza formando extrañas figuras retorcidas. Aquella vegetación gigante hacía que se sintiera como un gnomo, sitiado por enormes torres vivientes. En el suelo, las raíces se levantaban varios metros de la tierra, y en las alturas las ramas se entretrejían en una maraña que no permitía saber dónde acababa uno y empezaba el siguiente. La penumbra durante el día era permanente, y la noche amenazaba con ser aún más peligrosa. Sin duda, Frolenjuz quedaba muy lejos.

Con gesto melancólico, encendió su vieja pipa con algo de tabaco rojo. Exhaló el humo por la boca, despacio, paladeándolo. El sabor amargo y picante que le dejaba en la boca hizo que su cuerpo se relajara. La tensión acumulada en los días anteriores había sido excesiva, y aún no habían llegado. Tuvieron que cruzar un río, escalar paredes escarpadas, valerse de la orientación de Jal Hid para atravesar el bosque... y luchar contra las alimañas de la zona. Y ahora, por fin, se encontraba cerca de su destino. Tan cerca que casi podía tocarlo.

—Vosotros nunca habéis visto a un urogallo, yo sí. —Ferrick continuaba defendiendo su posición frente a las burlas de sus compañeros—. La próxima vez que vea a Sir Crauvert le pediré que me escriba narrando mi proeza, aunque dudo que unos vulgares patanes como vosotros sepan leer.

—No tienes ni idea de que viste, bardo —se mofó el Jal Hid, preparando la cena—. El ave que te da el sobrenombre tiene el tamaño de una gallina, y aunque no tengas su aspecto, me apuesto a que tu valor es similar.

—Más vale que no me confundas con un animal en mitad de la batalla —añadió Gulfer entre carcajadas.

—¿Con un burro, por ejemplo? —respondió el trovador.

El bárbaro se quedó en silencio. Una vena comenzó a palparle en la frente y, si te fijabas, podías ver como se le encrespaba el pelo trenzado. Apretaba la mandíbula con tal fuerza que sus dientes rechinaban al chocar entre sí.

—¿Qué has dicho, bastardo?

—Tranquilo —se jactó el bardo—. Si no sabes lo que es un burro, no tienes más que mirarte sobre el agua para ver a uno. Pero no te mojes, pues dejarías de oler como tal.

Gulfer agarró su enorme hacha de dos filos y se dispuso a atacar a Ferrick. Éste desenvainó un finísimo estoque que parecía casi de juguete y esperó al guerrero en posición defensiva. Seisedos se interpuso en su camino, tratando de evitar la contienda.

—¡Te voy a trocear como el cerdo que eres! —amenazó Gulfer.

Lord Gaus sonrió. Sin duda, su destino estaba al alcance de la mano...

—¡Yo no tengo la culpa de que tu madre fuera una troll! —gritó Ferrick

...tan cerca que casi podía tocarlo.

Realizaron tres guardias y la noche transcurrió con normalidad. La mañana llegó fresca, con niebla bajo el techo de ramas y hojas. La luz apenas se filtraba a través de la barrera natural, creando una atmósfera queda y oscura. Ni el mejor vigía del mundo podría ver más allá de unos pocos pasos.

Los hombres caminaron en fila de manera sigilosa, conscientes de que podían toparse con el peligro a la vuelta de cualquier recodo. El terreno era abrupto, con estrechos agujeros creados por gusanos gigantes en los que podían caer. Avanzaron despacio, con Jal Hid a la cabeza, guiando a la expedición por el mejor itinerario que podía encontrar. Gulfer caminaba en la retaguardia, siempre atento ante cualquier sonido sospechoso.

De improviso, Jal Hid se paró en seco y levantó su brazo derecho, con el puño cerrado. Los aventureros se detuvieron ante la señal del cazador. Al principio nadie se atrevió siquiera a respirar. Después sus sentidos se agudizaron ante la quietud del bosque, y uno por uno pudieron escuchar el ruido de unos dientes cerrándose contra carne cruda.

La niebla les impedía ver lo que había a su alrededor, pero eran conscientes de que estaban cerca de algo grande, enorme. Y esa cosa estaba comiendo. El ruido de la sangre al gotear, el chasquido de los incisivos desgarrando tendones, el sonido amortiguado de la bestia engullendo.

Lord Gaus se acercó al explorador. Observó que su rostro estaba tenso, con un rictus de nerviosismo dibujado en los músculos. Sujetaba con fuerza el mango de su arco, y con cuidado extrajo una flecha de punta dorada de su carcaj.

—¿A qué nos enfrentamos? —susurró el paladín.

—Es gigantesco, peligroso y no nos ha visto —contestó el guía también en un tono apenas audible.

—Demos la vuelta —ordenó el cruzado—. Daremos un rodeo.

Según se volvían, las ramas de los árboles dejaron pasar un rayo de sol que chocó contra la armadura de Lord Gaus. Parecía como si el bosque tuviera consciencia propia, desafiando a los aventureros al iluminar y oscurecer la zona según su voluntad. La luz comenzó a llenar todo el claro del bosque, disolviendo la niebla. Jal Hid señaló al cielo. Una dríada de un marrón pálido como la madera seca los observaba desde las ramas de una gran secuoya. Sus ojos fríos y opacos les escudriñaban, sus brazos roblizos se enroscaban sobre sí mismos, con un anillo brillando en uno de sus dedos. Instantes después, sin apenas moverse, se confundió con la vegetación de las alturas.

Pero aquel era el menor de sus problemas. Estaban al descubierto en mitad de una explanada, con los descomunales árboles como único refugio. La imponente coraza de Lord Gaus parecía hacer más ruido que nunca con el rechinar de sus juntas, las hojas y las ramas secas se rompían contra sus botas. Todo parecía ponerse en su contra a la hora de pasar desapercibidos.

A unos veinte pasos, la bruma dejó ver una silueta recortada. Tenía forma humanoide, pero era mucho más grande. El ser se pudo contemplar en toda su plenitud al cabo de poco tiempo. Un enorme cíclope se encontraba sentado sobre una roca. Tenía el pelo largo, y tras una vestimenta entretejida de manera tosca, se podían apreciar las curvas irregulares de una hembra. A sus pies había pieles amontonadas y un enorme cuenco de madera lleno de sangre. Aquella criatura agarró el cadáver de un oso y se lo llevó a la boca. De un solo mordisco, le arrancó la cabeza y chupó el líquido escarlata.

Ferrick salió del trance al ver tal aberración y observó a sus compañeros inmóviles ante la gigante.

—Chicos —musitó—. ¿Y si salimos de aquí?

El bardo dio un paso atrás, poniendo todo su cuidado en no hacer ruido. Si le hubieran preguntado, habría jurado que no había nada tras él, y mucho menos una raíz que sobresaliese de la tierra. Sin embargo, los hechos eran diferentes, y Ferrick tropezó, cayendo al suelo con gran estrépito.

Gulfer, Riss, Jal Hid, Lord Gaus y la cíclope miraron al trovador. Todos pensaron que era imbécil.

La pupila de la criatura se dilató hasta formar un punto negro sobre la córnea enrojecida. Las venas de la cabeza se le hincharon, abrió la boca y soltó un terrible bramido. De su comisura goteaba la sangre fresca como el vino de un viejo borracho desdentado. Se incorporó de un salto. Los más de seis metros de altura de aquella aberración antropomorfa intimidaron a los hombres tanto como la enorme rama de árbol que empuñó a modo de garrote.

—¡Preparaos! —gritó Lord Gaus.

El sonido de las armas saliendo de sus vainas resonó por todo el claro. Ferrick se puso en pie y, desorientado, apuntó hacia ninguna parte con su estoque. El grupo se separó, esperando el ataque inminente de la hembra cíclope.

De un golpe certero, la bestia destrozó la piedra donde había estado sentada. Cogió uno de los pedazos con su mano libre y la lanzó contra los aventureros. Con un salto, Riss Seisededos pudo esquivarla, aunque se quedó enredado entre las plantas del suelo. La piedra quedó clavada en la tierra, levantando una gran polvareda. Gulfer comenzó a destrozarse los arbustos a sus pies con su hacha de doble filo, consciente de que la naturaleza no estaba de su parte. Jal Hid disparó varias flechas, con el objetivo inequívoco del único globo ocular de la criatura.

Lord Gaus esgrimió a Lucent, su enorme mandoble dorado decorado con runas mágicas que invocaban el poder de Trou, el Dios de la Justicia.

—¡Vendamos caras nuestras tripas! —bramó, y salió disparado hacia su oponente.

El bárbaro siguió los pasos del caballero, colocado a su diestra. Detrás, Jal Hid continuaba lanzando proyectiles que se clavaban como alfileres contra la dura piel de la bestia. Ferrick optó por acercarse por la retaguardia dando un rodeo. Por fin, el Seisededos consiguió soltarse de las ramas a base de mover su espada corta de un lado a otro. Observó el panorama durante unos segundos, y se lanzó en la dirección del bardo.

A la sombra del cíclope, Lord Gaus soltó un par de estocadas intimidatorias para observar como reaccionaba la criatura. A su lado, Gulfer esperaba la ocasión de poder atacar. La hembra lanzaba su arma contra sus adversarios con la fuerza de cien hombres. El suelo temblaba con cada sacudida, y parar el golpe no era una opción, por lo que los dos guerreros se veían obligados a evitarlo una y otra vez. La enorme envergadura del gigante hacía imposible acercarse la distancia necesaria

para que sus filos pudiesen cortar su carne. A la gran longitud del garrote, había que sumar la de su brazo. Los dos hombres se encontraban a varios pasos de su rival con la única posibilidad de esquivar sus envites. Sabían que antes o después cometería un error, y esa era la única oportunidad que les quedaba.

Tras disparar más de medio carcaj, Jal Hid comprendió que aquello no era efectivo. Agarró con fuerza su jabalina y se acercó hacia sus compañeros, esperando que un nuevo oponente pudiera burlar la atención del único ojo de la bestia. El bardo y el ladrón se agazaparon a la espalda del ser, preparados para lanzarse sobre él a la menor ocasión. Gulfer no hacía otra cosa que retroceder ante cada golpe. Su razón se fue minando ante el ansia de sangre y el afán de supervivencia. Lord Gaus notó como la fiebre de la batalla consumía al bárbaro, y sabía que podía entrar en la locura del combate y lanzarse contra su enemigo. En una lucha normal era una cualidad incluso provechosa, pero no en aquel momento.

La poderosa bestia se cansaba por instantes, al igual que los luchadores, y sus golpes eran cada vez más lentos e imprecisos. Con un último garrotazo, su arma se detuvo en el suelo apenas un, pero aquello era todo lo que el paladín necesitaba. Lord Gaus se agarró con una mano al trozo de madera, y cuando la criatura lo levantó para asestar un nuevo golpe, el caballero salió disparado por los aires. Con un rápido movimiento, colocó su espada por delante, con la fortuna de que cayó sobre el pecho de la cíclope, clavándosela hasta la empuñadura.

El grito de la bestia fue más de desesperación que de dolor. El caballero, colgado de su mandoble, comenzó a girar el filo, abriendo la herida. La cíclope lo agarró con la mano libre y trató de aplastarlo. La coraza resistió, pero Lord Gaus podía escuchar como crujía. A partir de ese momento sólo le quedaba confiar en la pericia de sus compañeros.

El ataque desesperado de su líder concedió a Ferrick y a Riss la oportunidad que estaban esperando. Como si fueran uno, se lanzaron a por la rodilla izquierda de la criatura. El bardo incrustó su arma en la parte frontal, en el hueco que le dejaban los dos huesos, mientras que Seisdedos le sesgaba los tendones traseros de un certero tajo. La bestia cayó por su propio peso, con el estoque clavado en la pierna y el espaldón en el pecho. Soltó a Gaus y al garrote en un intento de amortiguar el golpe con las manos. Al llegar al suelo, el caballero rodó para no ser aplastado por el cuerpo del gigante.

El estruendo fue parecido a un árbol centenario que cae ante el filo de un leñador. La criatura cerró su único ojo en un acto reflejo. Un segundo después lo volvió a abrir sólo para contemplar a Gulfer levantando su imponente hacha hacia los cielos. El golpe fue brutal, quebrando la cabeza de la bestia con un chasquido sordo. El arma quedó clavada entera, y una salpicadura de sangre negra empapó al bárbaro.

La cíclope se supo vencida. Herida de muerte, levantó su brazo hacia el montón de pieles que había cerca de dónde se encontraba. Era como si intentase llegar a algo, agarrarlo. Su único ojo derramó una lágrima sincera antes de que Jal Hid la rematase incrustando su arma por el boquete que había creado Gulfer. Un espasmo después, la bestia yacía muerta sobre un charco de sus propios fluidos.

El tiempo transcurrió en un silencio opresivo. Lord Gaus se incorporó, miró a sus compañeros, y levantó el puño hacia el cielo mientras soltaba un tremendo grito de victoria. Los aventureros vitorearon al paladín hasta que sus pulmones se quedaron sin aire.

—Ha faltado poco —dijo el cruzado—, pero lo hemos conseguido. Sin embargo, más que ganar esta gran batalla contra tan formidable enemigo, lo que realmente me llena de orgullo es ver que hemos luchado como un auténtico equipo.

Los hombres sonrieron. Lord Gaus no era un tipo que derrochase cumplidos, y pocas veces le habían visto sonreír desde que salieron de Frolenjuz.

—No es normal encontrar cíclopes por esta zona —informó Jal Hid.

—¿Y qué es normal en esta zona? —interrumpió Ferrick con tono burlón.

—Lo que quiero decir es que no suelen separarse de su tribu. Son seres que viven en sociedad.

—Suéltalo ya, cazador —gruñó Gulfer, impaciente como siempre—. Si tienes algo que decir, que sea deprisa. Quiero buscar algún arroyo para quitarme toda esta sangre de encima.

—Creo que estaba huyendo —concluyó.

—Y yo creo saber por qué. —El ladrón aguardaba junto al montón de pieles—. Acercaros y lo veréis.

Uno por uno, los aventureros se encaminaron hacia los pelajes amontonados. En su mayoría eran de oso, y se encontraban al lado de

un cuenco lleno de sangre de tal tamaño que un hombre podría bañarse en su interior. Cuando todos llegaron a su altura, Riss levantó una de las mantas de pelo y dejó al descubierto algo que nadie se esperaba.

Abrigado entre la peletería descansaba un bebé cíclope, de apenas unos meses de edad, que les observaba curioso con su único ojo. Tenía las proporciones de un recién nacido, pero su tamaño era el de un hombre adulto.

—Vaya mierda —susurró Jal Hid—. Vaya mierda...

—Nos ha atacado para defender a su cría —masculló impasible Gulfer—. Y nosotros la hemos matado.

—A los dos —añadió Seisededos.

El rostro de Lord Gaus se mostró apesadumbrado, y las sombras de nuevo reinantes en el bosque parecieron caer sobre sus hombros. Sin mediar palabra, se encaminó al cuerpo caído de su contendiente.

—¿Y ahora qué hacemos? —La pregunta de Ferrick quedó en el aire. Todos se miraron entre sí sin saber muy bien qué contestar.

—No haremos nada —gruñó el fiero bárbaro—. Seguiremos nuestro camino.

—Si la dejamos morirá —contestó el cazador, dando vueltas en círculos—. No estoy dispuesto a matar a una criatura indefensa.

—¿Indefensa? Dentro de poco se convertirá en un gigante asesino.

—Yo mato a animales adultos, no a lechones. Infiernos, ahora no puede hacer daño a nadie. Míralo.

—¿Y qué propones? —interrumpió Riss.

—Llémoslo con nosotros.

Los pelos de la barba de Gulfer se erizaron, todo su cuerpo se puso en tensión, la sangre comenzó a hervirle en las venas... porque si había algo en el mundo que detestase es que le tomasen por idiota. Aún así, hizo acopio de toda la calma que puedo antes de contestar al cazador:

—Se queda donde está.

—No. Vamos a portearlo hasta una zona donde haya cíclopes. Allí lo dejaremos.

El bárbaro respiró hondo. La ira se estaba apoderando de él. Sus puños se cerraban y todo parecía confuso por momentos. Pese a todo, logró calmarse lo suficiente como para pensar su respuesta.

—Antes me dejó sodomizar por una jauría de huargos —dijo por fin.

—Me lo creo —añadió Ferrick, guardando las distancias.

—Venga, podemos hacerlo. Construimos una camilla y lo transportamos entre todos.

—¡Por última vez! —gritó Gulfer—. ¡No lo volveré a repetir! Debemos dejar a esa bestia aquí. ¡No podemos desviarnos de nuestro rumbo!

—¡Si lo abandonamos morirá! ¡Los depredadores se cebarán con él antes de destriparlo! Aún estará vivo cuando empiecen a devorarlo.

—Todos lo están. —Gulfer se adelantó hasta poner su cara pegada a la de Jal Hid—. Eso es lo divertido.

El aliento del guerrero era fétido, sus dientes estaban amarillos por la falta de higiene, y de su rostro goteaba la sangre del enemigo. El cazador agarró con fuerza su lanza, expectante. Lord Gaus intentaba recuperar su espada del cuerpo de la hembra cíclope, por lo que fue Riss Seisdedos quien terció en la disputa.

—Tranquilo, chicos. Peleando entre nosotros no arreglaremos nada. Debemos resolverlo como señores, no como lacayos.

La mirada asesina de Gulfer traspasaba a Jal Hid, esperando la mínima excusa para poder arrancarle el corazón. El pícaro metió sus manos entre los cuerpos y, con esfuerzo, consiguió separarlos.

—Veamos. —Seisdedos se pasó la manga por la cara, pensando sus palabras—. Según está la situación, sólo hay dos opciones posibles: dejarlo aquí o llevarlo a otra parte. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Tonterías —dijo el bardo con aire distraído mientras jugaba con la pluma de su sombrero—. Este es el conflicto más absurdo que he visto jamás...

—Bueno, la opinión de Ferrick no cuenta —continuó el ladrón—. La verdad es que yo tampoco estoy muy seguro de cómo actuar, así que la mejor solución será echarlo a suertes.

El pícaro mostró una moneda de cobre. La levantó para que ambos pudieran ver que era auténtica. Por un lado, estaba el escudo de los Reinos Laicos, compuesto por las enseñas de las monarquías formando un círculo, en cuyo centro se encontraba la cabeza de un dragón negro. En el reverso aparecía una figura que representaba a Lilara, la Diosa de la Fortuna, sonriente y bien agraciada, con la fecha de acuñación de la divisa: el 8367 tras el Armisticio. Sin duda, se trataba de una de los millares de monedas estandarizadas que permitían pagar en cualquier punta del mundo conocido.

—Si sale escudo, nos vamos —explicó Riss—, pero si sale el rostro de Lilara nos lo llevamos.

Gulfer y Jal Hid no habían dejado de mirarse a los ojos durante todo el tiempo. Ninguno de los dos estaba conforme con aquella manera de resolver el asunto, pero ambos coincidían en que era la más sensata.

—Adelante —dijo el guía.

—Y que sea escudo —concluyó el guerrero.

El pícaro observó al bebé cíclope. Se chupaba uno de los dedos rechonchos con su boca desdentada, ajeno a la disputa. Con el pulso que caracteriza a un carterista callejero, Seisedos lanzó la moneda varios palmos sobre su cabeza. El trozo de cobre giró en el aire y al caer lo atrapó de una palmada, alojándolo entre sus dos manos.

—Sed justos, caballeros.

Lord Gaus apartó de su camino a los jugadores, levantó su espada ensangrentada y la clavó en el corazón del pequeño cíclope. La criatura ni siquiera gritó.

El silencio se apoderó del bosque una vez más, y nadie estaba dispuesto a romperlo. Con lentitud, el paladín se giró hacia los hombres. Su rostro era duro, apesadumbrado, dolido. Miró al grupo de valientes que había reclutado, y dijo casi susurrando:

—Aquí mando yo. Vosotros no tenéis que discutir las opciones a seguir. Ni siquiera tenéis que planteáoslas. Somos la consecuencia de nuestros actos. Hemos matado a una madre, y teníamos que resolver el asunto. No podíamos llevarnos al bebé con nosotros, ni dejarlo para que muriese. No digo que esto sea justo, ni que me sienta orgulloso de ello, pero era lo debía hacer. —Lord Gaus levantó la cabeza y gritó hacia el cielo—. ¡Y volvería a hacerlo las veces que se fuesen necesarias porque es a lo que me he visto obligado!

Tras el discurso, enfundó a Lucent y se dio media vuelta. Gulfer le siguió sin rechistar, y tras él continuó el resto del grupo. Nadie dijo nada.

En las alturas, mimetizada con una rama, la dríada los veía alejarse. Estaba pensativa y furiosa, y en sus ojos opacos se podía ver el destello cristalino de una gota de rocío.

La Puerta del Infierno hacía gala a su nombre. Una grieta en la piedra maciza de una montaña en mitad del bosque. Lord Gaus sonrió para sí mismo. Había sido un largo viaje, pero por fin la veía.

Aún recordaba la historia que Pataliebre, el viejo borracho de la taberna del Perro Cojo, le contaba a todo aquel que quisiera invitarle a una ronda. Al calor de una cerveza tibia de las tierras altas de Lum, le narró cómo vagó perdido por el Bosque de las Brumas cuando unos atracadores asaltaron la caravana en la que viajaba de polizón. Desorientado, avanzó a través de los amenazadores árboles hasta que la noche cayó sobre él. Cobijado en la ladera escarpada de un monte, con los sentidos agudizados y sin una gota de alcohol, el anciano veía sombras por todas partes, y cada ruido traía un nuevo sobresalto. Sin embargo, según pasaba el tiempo, logró conciliar el sueño a pesar de los temblores que la falta de vino provocaba en su cuerpo.

Le despertó el sonido de piedras quebrándose y arena cayendo. Al instante notó como la tierra se movía, y salió corriendo sin dirección fija. Según Pataliebre, aquel no era un seísmo común, sino más bien como si algo golpease el suelo con una fuerza sobrehumana. Incluso le pareció oír como la montaña gritaba. Cuando el terremoto detuvo su furia, el anciano encendió una pequeña antorcha improvisada con la ayuda de su yesquero y pudo comprobar que el paisaje había cambiado.

Parte de la pared vertical se había derrumbado, dejando a la vista una grieta entre los escombros. Sin pensar en que todo se podía venir abajo en cualquier momento, el viejo entró y vio algo que le heló el corazón. Dentro había un pasillo de piedra, ruinoso y lleno de polvo, y a ambos lados aparecían grabados rúnicos que no supo leer. Lo que tenía claro era que alguien lo había tapado siglos atrás, y él era el primero en ver aquella construcción en mucho tiempo.

Pataliebre pasó la noche allí, refugiado entre las sombras quedas del pasadizo. Tuvo sueños turbulentos en los que veía una gran fortaleza devastada por un mal ancestral, un ser de tal malicia que ni los mismos dioses se atrevían a plantarle cara. Y ese engendro le observaba. De vez en cuando abría un ojo al notar una presencia respirando a poca distancia, pero aquello no era posible para un anciano que no creía en los fantasmas. Para el viejo, la muerte estaba próxima, y con ella no venía nada de lo que prometían los clérigos, sólo el olvido. Por tanto, la mejor opción era beber para estar la mayor parte de su vida conservado en alcohol.

A la mañana siguiente salió fuera, y según caminaba por el bosque, garabateó un tosco mapa con el cual regresar algún día. Al cabo de un rato, encontró a un grupo de cazadores, y con ellos volvió a Frolenjuz. Una vez al abrigo del bar, cambiaba su narración por una copa de licor,

pero nadie le creía. Tan sólo era un borracho del cual burlarse que se había inventado semejante mentira para conseguir unos tragos. Además, el Bosque de las Brumas era un lugar peligroso, y la proximidad del invierno hacía que cualquiera que se tomase en serio tal expedición se lo pensase dos veces.

El único que vio cierto brillo de verdad en sus ojillos fue Lord Gaus. Aquella podía ser la última aventura con la que encontrar la gloria que su pasado militar al servicio de Trous se merecía. Toda una vida obedeciendo los dictados de su dios, y por fin, en el otoño de su vida, se había armado de valor para encontrar fortuna de carácter personal. Sin embargo, según avanzaba por el bosque buscando la misteriosa gruta, en su interior ardía la posibilidad de que Pataliebre fuera un embustero. Y, por fin, toda esa angustia de los días pasados, se convirtió en euforia al ver con sus propios ojos la grieta que descubrió el anciano.

—Se llama la Puerta del Infierno —dijo con una sonrisa dibujada bajo su barba cana.

—¿Y por qué no la Gruta de Ferrick? —preguntó el Urogallo—. Si somos los primeros en verla, la podemos bautizar como queramos.

El paladín ni le miró.

—Porque quiero que me recuerden como el hombre que se aventuró en la Puerta del Infierno y salió con vida.

Una vez dentro, las antorchas dibujaron sombras extrañas en los dibujos anárquicos de las paredes. El tiempo transcurrido había erosionado los grabados hasta dejarlos como simples borrones sin sentido. La que otrora fuese la gloriosa historia de aquel emplazamiento y sus moradores, había sucumbido ante la fiereza de Kratark, el Dios Eterno.

Del mismo modo, todo vestigio de un pasado lujoso, de alfombras de seda y estatuas doradas, de vino y mujeres, de orgullo y raza, había dejado lugar a la podredumbre de la muerte y la nada. Como la imaginación que se termina o la sangre que se derrama, los antiguos habitantes de la Puerta del Infierno habían terminado sus días olvidados sin mayor explicación.

—¿Cuánto tiempo llevará abandonada? —preguntó Ferrick.

—Mucho, amigo mío —respondió el caballero mientras pasaba sus dedos por la sucia pared—. Mucho tiempo...

—Fueron un pueblo de honor, orgullosos de su nombre —contestó Gulfer en tono solemne—. Una casta de valientes. De eso no hay duda.

—¿Y qué les pasó? —El trovador alumbraba unos jeroglíficos de difícil interpretación—. Una civilización no desaparece por las buenas de un día para otro. Y mucho menos sin que hayamos oído hablar de ella antes. ¿No os parece extraño?

—Inquietante, cuanto menos —aseguró el cazador—. Es como si algo los hubiera hecho huir... o los hubiera matado.

—¿Y Riss? —preguntó el paladín—. ¿Dónde se ha metido?

—Estará escondido entre las sombras —sugirió el bárbaro—. Ese ladrón no es trigo limpio, os lo digo yo.

—Me ha dicho que tenía que atender un asunto personal —explicó el bardo mientras se apretaba las botas.

—¿Un asunto personal? —Gulfer odiaba que le tomaran por imbécil.

—Sí.

—¿En mitad de ninguna parte?

—Eso ha dicho, sí.

—¡Maldita sea! —estalló—. Ese bastardo está tramando algo y el Urogallo es su cómplice.

—Voto por seguir sin él —afirmó el cazador, adentrándose por el angosto pasadizo—. ¿Para qué hemos traído a un carterista imberbe a una cueva?

—Para lo mismo que viene un bardo: para nada.

A Gulfer le hizo gracia su propia broma y comenzó a reír. Sus carcajadas resonaron por las paredes y el eco las amplificó. De pronto, guardó silencio. Le pareció escuchar algo, tal vez una voz perdida en lo más oscuro de la gruta.

—Riss Seisdedos viene con nosotros para abrir cerraduras y desactivar trampas ocultas. —Lord Gaus estaba absorto en tratar de descifrar las desgastadas runas que cubrían las paredes. Estaba seguro que significaban algo, y su entendimiento podía resultar ser una información muy valiosa.

Jal Hid seguía alejándose del grupo. Aquel no era su sitio, encerrado bajo toneladas de piedra, en mitad de un pasillo sin posibilidad de esconderse. No se encontraba cómodo tan lejos de la vegetación. Sus sentidos de guía no servían para nada si no podía ver las estrellas, y su capacidad para imitar a animales salvajes era ridícula en un lugar donde no había nada vivo. Del mismo modo, sus conocimientos de plantas, su olfato desarrollado, su equilibrio y su enciclopédica memoria para

catalogar huellas de bestias eran cualidades inútiles en una cueva. Incluso su arma era inapropiada para un lugar tan estrecho. Lo cierto es que no sentía la más mínima curiosidad de saber qué había más adentro, pero tampoco quería renunciar a los posibles tesoros olvidados. Al menos, se consolaba, Ferrick era más inútil todavía.

—No sigas avanzando, Jal Hid —dijo el paladín—. Esperemos a Riss.

—¿Creéis que hay trampas aquí? —preguntó sin demasiada convicción.

Dio un paso más y una losa se hundió bajo su bota. Un tenue chasquido se escuchó a sus pies, y un crujido más fuerte se oyó a unos metros, pero sólo se supo muerto al oír el silbido de una saeta cruzando el aire. El proyectil, tan grande como la jabalina del cazador y fabricado de un metal ligero pero sólido, atravesó su cuerpo de parte a parte entrando por el pecho. El impacto fue tan violento que salió despedido hacia atrás, regresando a la posición inicial del grupo. Cayó de costado, con la sangre manando a borbotones. Intentaba respirar, pero los pulmones se le llenaban de líquido. Con la mirada, buscó a sus compañeros. Los tres estaban de pie contemplando los últimos momentos del cazador.

—Sí, amigo mío —sentenció Lord Gaus—. Creo que hay trampas.

—Yo también lo creo —confirmó el bardo.

—Estoy de acuerdo —añadió Gulfer.

Riss estaba cansado de que le preguntasen una y otra vez por lo mismo. Trataba de desmontar un mecanismo oculto bajo una losa agrietada, y sus compañeros no le dejaban concentrarse. Lord Gaus y el bárbaro ya se habían rendido, pero Ferrick era más insistente.

—¿Dónde dices que estabas?

—Ya os lo he dicho. Hasta los héroes tenemos que hacer nuestras necesidades de vez en cuando.

—Pero sigo sin creerme que Jal Hid haya muerto por eso. ¿No podías haber aguantado un poco?

—Está tieso por estúpido. ¿A quién se le ocurre adentrarse en un pasadizo milenario sin buscar defensas estratégicas? Yo no tengo la culpa de que la naturaleza me llame en el instante menos indicado.

—Sin duda, el cazador era un innoble despojo, calaña de baja estofa. Pero nadie debería morir así. Aún estoy pensando qué contar

cuando salgamos de aquí, porque esa muerte es muy triste para un valiente como él.

—¿Valiente? Si no te soportaba.

El Urogallo se quedó pensativo.

—Es verdad. Ese tipo me odiaba a muerte. ¡Y yo preocupándome por dejar su nombre en buen lugar! Tienes razón, compañero: contaremos la verdad, y que se le recuerde por ello.

—Bien dicho.

Ferrick guardó unos segundos de silencio que a Seisdedos le supieron a gloria, aunque durasen poco.

—¿Oye, Riss?

—¿Qué?

—Te quería preguntar una cosa.

—Pues pregunta —dijo irritado.

—¿Qué salió en la moneda?

—¿Qué moneda?

—La que lanzaste para decidir el destino del bebé cíclope.

El pícaro se quedó inmóvil, recordando cómo el pequeño trozo metálico había volado sobre su cabeza, su tacto frío al llegar a sus manos, el desenlace escrito por Lord Gaus.

—¿Qué importa, Ferrick? —susurró con tono melancólico—. Qué importa...

—No lo sé —continuó el bardo—, pero pensé que, como eres un embaucador callejero, la moneda estaría trucada.

—Estoy manipulando un artilugio mortal más viejo que el propio Kratark. —Riss perdió la paciencia—. Puede activar una trampa a distancia, demoler parte de la entrada o incluso explotar. Así que, por favor, ¿por qué no te vas con tus tonterías a otra parte?

El bardo no esperaba aquella respuesta de su amigo. Con porte altivo, se marchó junto a sus dos compañeros y dejó al ladrón trabajando en el suelo.

Lord Gaus fumaba tranquilo de su pipa. Estaba relajado pese a la baja de su explorador. Sentía que descubrir aquella gruta al mundo era una recompensa más que suficiente por todos sus años de dura lucha a favor de la justicia. Sin embargo, unas cosquillas en el estómago delataban un nerviosismo oculto tras su fachada serena.

—Seisdedos no quiere que se le moleste —dijo Ferrick al llegar a la altura de su señor—. Debe creer que está robándole la faja a una noble.

—Te he oído —gritó Riss—. La cueva tiene eco, idiota.

—No se lo tengas en cuenta. —El cruzado le puso la mano sobre el hombro—. Está bajo una gran tensión. Y, aunque no lo quiera reconocer, se siente en parte responsable por la muerte de Jal Hid.

Esperaron pacientes a que Riss terminase su labor. Al cabo de un rato declaró seguro el pasadizo y los cuatro hombres se adentraron alumbrados por la tenue luz de las antorchas. El pasillo era recto y conservaba restos de la época en la que estuvo habitado. Al final del camino se encontraron con una puerta caída que les bloqueaba el paso. Estaba decorada con la efigie en relieve de dos poderosos guerreros, ataviados con pesadas armaduras, que sostenían picas afiladas. Sus rostros tenían un semblante sereno, pero sus ojos demostraban la fiereza de quien se sabe guardián de su amo. El óxido había hecho mella en la descomunal puerta de metal, pero los dos defensores conservaban parte de su baño dorado.

—Oro —dijo Seisdedos con avaricia en los ojos. Se había encaminado con Lord Gaus en busca de fortuna con la que escapar tanto a él como su madre de las calles sucias dónde había aprendido a delinquir.

El paladín sonrió. Él no buscaba tesoros, como el joven ladrón, sino un sentimiento de autorrealización anhelado en otro tiempo, y que por fin se estaba cumpliendo.

—Sigamos —ordenó.

—Pues no sé cómo —aseguró el bardo—. Esto está en ruinas. Necesitamos encontrar una ruta alternativa.

—Sigamos —repitió el cruzado—. Gulfer...

El bárbaro apoyó el hacha de sus antepasados sobre una columna y se acercó a la puerta. Su presencia oscurecía las antorchas, creando una negrura con su enorme sombra. Sin pensarlo dos veces, agarró el portón que actuaba de barricada, y comenzó a tirar. Sus brazos se hincharon con el bombeo de la sangre, sus venas palpitaban bajo la piel, sus músculos se tensaron ante el terrible esfuerzo. Con respiración entrecortada, su cara se desencajó y el sudor hizo acto de presencia. Un crujido, un leve movimiento, sacó a sus compañeros del trance en el que se encontraban. Tanto Riss como Ferrick arrojaron sus antorchas al suelo y ayudaron al guerrero en su proeza ante la promesa de que podían conseguir lo imposible. Lord Gaus los observaba con la satisfacción del general emérito que sabe que sus tropas no se rendirán. Un último esfuerzo, un grito desesperado, los tendones a punto de quebrarse, seis brazos trabajando

al unísono, y la enorme plancha metálica cedió. Primero un nuevo chasquido, después un temblor, y el resto fue cosa de la gravedad. El hierro cayó hacia un lado, levantando una polvareda que hizo irrespirable el ambiente. Cuando por fin pasó, los hombres estaban exhaustos, tosiendo en el suelo tras un más que merecido descanso. El paladín seguía en pie, observándolos satisfecho. Ferrick, Seisdedos y Gulfer se miraron entre sí, pero no dijeron nada. Todos estaban exultantes, y se sentían más unidos que nunca tras el trabajo en equipo, pero eran demasiado orgullosos como para reconocerlo.

—Sigamos —dijo por última vez el caballero, con una sonrisa escondida tras su barba plateada.

Salvaron los obstáculos que formaban las rocas y llegaron a la sala contigua. El pasillo dejaba paso a un espacio abierto, de techo alto y amplio, pero sus ojos apenas veían más allá de sus narices. Con las antorchas prendieron varios pebeteros cercanos y la luz lo inundó todo. Y, de nuevo, se quedaron sin palabras para describir su asombro.

Se encontraban bajo una enorme cúpula decorada con finas tallas en varios colores. La habitación era redonda, y franqueando sus paredes sin ventanas los escoltaban una veintena de estatuas de guerreros. Todos tenían rostros y tamaños diferentes, lo que hacía sospechar que se trataba de antiguos héroes de aquella ciudad subterránea, los guardianes de aquel paraíso olvidado. Las efigies se encontraban en un estado ruinoso, como casi todo en aquel lugar, y muchas aparecían decapitadas o con miembros amputados. Otras se resistían a caer bajo el peso del polvo acumulado y se mantenían impasibles al paso inexorable de los siglos. En el centro del círculo había una escultura mucho más grande que se alzaba hasta lo más alto del techo. Parecía esculpida sobre un único bloque, y estaba unida al suelo por su base sin ninguna fisura que hiciera entender que la hubieran trasladado hasta allí. Era como si toda aquella caverna hubiera surgido a raíz de esa colosal estructura. Pese al tiempo transcurrido, no había perdido un ápice de su gloria. Representaba a un hombre anciano, vestido con túnica, que se mantenía en pie gracias a dos muletas. Sin embargo, alguien había destrozado el rostro de aquel gigante, haciéndolo irreconocible.

—Esto es espectacular —murmuró Lord Gaus.

—No —cortó Ferrick—. Es preocupante.

El tono serio del bardo contrastaba con el carácter tranquilo que había exteriorizado el resto del viaje. Todos le miraron sorprendidos.

—¿Qué sabes de esto, bardo? —gruñó Gulfer.

—Una vez, en un viaje por Al-landis, escuché una leyenda sobre una ciudad dedicada a un dios llamado Catarsis.

—¿Catarsis? —repitió el paladín, experto en toda clase de cultos—. No me suena nada.

—Según me contó aquel viejo trovador, se trataba de El Dios del Sacrificio, y su representación es como la que estamos viendo: un tullido, un anciano... Según me contaron, el dolor purificaba a sus acólitos, y sólo a través de él se llegaba a un estado mental que te hacía inmortal.

—Fascinante. —El paladín estaba absorto por el poder del tiempo, que es capaz de hacer desaparecer a un dios del recuerdo común.

—Eso son charlatanerías de un ignorante —blasfemó el bárbaro—. Un dios no puede caer en el olvido.

—Cierto —añadió Riss—. Y estamos ante la prueba de ello.

Desde su altura imponente, el hombre sin rostro parecía juzgarlos en silencio. Todo a su alrededor era quietud, así había sido durante demasiado tiempo en el que todo había cambiado. Un ser todopoderoso caído en desgracia, que había terminado sus días en un nicho sin nombre, donde nadie le veneraría. Hasta hoy.

—Y dime, Ferrick, ¿qué más sabes de este ser divino, Catarsis?

Los ojos de Lord Gaus brillaban en la oscuridad como los de un felino. Sentía que se encontraba ante su destino, que toda su vida sólo había sido un preparativo para lo que ahora tenía ante sí: la oportunidad de resucitar a un dios. ¿Sería capaz de renunciar a su fe por devolver a la vida a una religión ancestral?

—Sus caballeros y sacerdotes debían sacrificarse ante él. Sólo los imperfectos tenían cabida en el culto, y al haber perdido parte de su poder, no temían a nada.

—¿Cómo era ese sacrificio?

—De varias formas —continuó el bardo, encantado de que todos le escuchasen por primera vez durante su viaje—. Los más comunes eran los físicos, ya que eran los que el pueblo podía comprobar con un simple golpe de vista. Automutilaciones de dedos, ojos, incluso brazos y piernas. Sus caballeros eran un ejército de lisiados, tuertos y deformados. Cuanto mayor el sacrificio, mayor el favor de Catarsis.

Gaus, fijándose mejor en las estatuas que rodeaban al dios, pudo comprobar esos pequeños detalles de los que hablaba el trovador. Luchadores con un garfio en lugar de mano, con un parche e incluso con las cuencas

de los ojos vacías. Campeones que habían logrado el estatus de héroe pese a sus taras. Pero lo que más asustaba al viejo caballero era lo que Ferrick había insinuado con «sacrificios no físicos». ¿Aquellos hombres estaban dispuestos a perder su cordura, sus aptitudes mentales, con tal de ser mejores ante su dios? Tal pensamiento asustaba a Lord Gaus, pero a la vez le imbuía de una extraña sensación de deseo, de respeto y de comprensión.

—Asombroso. Ser más a través de ser menos.

—La historia no termina ahí. Según me contaron, Catarsis desapareció, su poder dejó de influir en el mundo. Ya no hubo más milagros, y sus seguidores se dispersaron.

—Pero... ¿cómo puede suceder tal cosa?

—Dicen que murió.

—¡Un dios no puede morir! —Gulfer odiaba que le tomaran por idiota.

—Es la explicación más lógica, ya que estamos en su tumba —susurró Seisdedos, como si temiera despertar a los difuntos.

Un escalofrío recorrió el espinazo del paladín. Los dioses eran inmortales, eso era sabido por todos. Cada cual tenía su parcela de poder, y eso producía equilibrio. Sin ese pacto de no agresión, si se entablaba una guerra celestial, todo terminaba en el caos.

—¿Cómo puede morir un dios? —El paladín se preparó para recibir una respuesta que sabía que no podría asimilar.

—Según me dijeron, en aquella época se habló de suicidio.

—¿Qué?—Gulfer deseaba machacar algo.

—Bueno, sus seguidores lo achacaron al mayor sacrificio de todos, pero los demás cultos lo tacharon de cobardía. De ahí que cayera en el olvido y sus paladines fueran despreciados y tratados como dementes. Sus ideales se perdieron en la memoria de los tiempos.

A Ferrick le gustó esa frase improvisada, por lo que sacó un trozo de papiro y tinta, con tal de no olvidarla para futuras historias. Para mofa de los presentes, escribió las palabras con la pluma de su sombrero.

—Eso no son más que calumnias, bardo —rujió Gulfer—. Tus mentiras sólo hacen que te ridiculices a ti mismo y a tus antepasados.

—A decir verdad, si no hubiera visto este lugar con mis propios ojos también habría dicho que esa historia era falsa

—Este sitio me pone enfermo —dijo el ladrón—. Deberíamos irnos de aquí y dejar que los muertos descansen en paz, sean dioses o humanos.

—No —ordenó tajante el caballero—. Si hemos llegado hasta aquí, debemos avanzar hasta el final. No sabemos más que lo que nos ha contado Ferrick. Estamos en la tumba de un dios olvidado, y no sabemos qué mató a toda esta gente. Está claro que aquí hubo una batalla, y alguien destrozó el rostro de Catarsis. Puede que esto sea más gordo de lo que suponíamos en un primer momento.

—Puede ser peligroso —añadió el trovador.

Lord Gaus sonrió ampliamente.

—Por supuesto que sí —dijo—. No esperaré menos.

—Así será más divertido —zanjó el guerrero mientras se encaminaba hacia el boquete de la pared.

Los hombres caminaron en silencio y se acercaron al pasadizo destruido. El agujero era inmenso y estaba en parte derrumbado, pero aún así podría permitir el paso de varios carruajes tirados por bueyes. Y, arrancado en mitad de la nada, se encontraba una puerta de madera podrida en la que aún se distinguían manchas de sangre seca y la huella de armas de hoja afilada.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de los aventureros eran los brillos dorados que desprendía el túnel. Riss supo enseguida lo que tenía ante sí.

—Oro —dijo con ojos avariciosos—. Una fortuna...

—La gloria no se mide en dinero —aseguró el bárbaro, orgulloso de la austeridad de su clan.

—Pero la riqueza sí —zanjó Seisededos—. La gloria es para los débiles.

Acercaron una antorcha a las manchas doradas. Éstas eran de puro oro macizo, pero tenían extrañas formas, como si un calor sobrehumano hubiera derretido las paredes junto a los tesoros.

—Tuvo que ser una batalla espectacular —añadió Lord Gaus, contemplando las lagunas de oro—. Aquí se desataron los Nueve Infiernos. Aún noto el olor a magia.

«Magos», pensó Gulfer. La peor calaña de los humanos. Personas sin moral, agradecidos de vender su alma a cualquier diablo menor simplemente para obtener poder. Irrespetuosos con el combatiente, traidores en la batalla. Capaces de las peores argucias con tal de matar a una persona o alargar la propia vida. «Magos», se dijo a sí mismo, «Odio a los magos».

—Sigamos adelante —ordenó el paladín.

—¿Por qué no nos quedamos aquí y nos repartimos el tesoro?
—preguntó Riss.

—Amigo mío. —Lord Gaus le dedicó la mejor de sus sonrisas ensayadas—. Si en este lóbrego pasadizo hay oro por las paredes, ¿te imaginas qué clase de tesoros se deben encontrar en el interior?

Riss Seisdedos sintió que tenía la boca seca y se pasó la lengua por los labios.

—Os despejaré el camino.

El joven ladrón se aventuró a paso ligero por el túnel, dejando atrás a sus compañeros. En apenas unos instantes desapareció en la oscuridad. Gaus se lamentó de su ingenio. Había intentado que Riss siguiera junto a ellos, pero había logrado que fuera en solitario. Él había formado un grupo, y no podía dejar que se disgregase.

—Vamos, rápido. —Su voz profunda resonó en las paredes de la caverna—. ¡Nuestro destino aguarda!

Sorteando los obstáculos del camino, llegaron a una nueva estancia. Una cúpula más alta que la anterior, pero esta vez creada por la naturaleza, con enormes estalactitas amenazantes como los dientes de una bestia salvaje. Ferrick se preguntó si habría algún poema que utilizara esa metáfora, donde la cueva era una boca dentada, y el pasadizo su garganta.

Sin embargo, su mente se quedó en blanco al contemplar montañas de tesoros apiladas de manera irregular a lo largo y ancho de la cámara. Oro, joyas, piedras preciosas, armas en apariencia ornamental y ese cosquilleo en la nuca que te avisa del peligro. Los enormes montones eran tan altos como cinco hombres juntos, e incluso se podían escalar. A pesar del polvo y la suciedad acumulada durante años, el color dorado seguía brillando con luz propia. Sin embargo, algunos objetos aparecían desperdigados o fundidos por un calor inimaginable. De las estalactitas prendían extrañas lágrimas doradas que prendían del techo.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Gulfer, anonadado por la inmensidad del tesoro.

—Son ofrendas —aseguró Lord Gaus—. Los habitantes de este templo amasaron una fortuna.

—Eso sigue sin explicar muchas cosas —replicó el Urogallo.

—¿Cómo cuales?

—Pues todo. Si esto está lleno de tesoros, ¿por qué nadie lo había saqueado antes?

—Porque estaba cerrado, idiota —contestó Gulfer.

—Sí, es cierto. Pero este sitio está sellado, más que para dificultar que nadie entre, para evitar que salga. Fijaos, sólo había trampas en la entrada, no aquí dentro. Además, este lugar está tal cual lo abandonaron. No se dignaron a llevarse esta fortuna, ni a arreglar nada. Si la gente perdió la fe en este dios, lo normal habría sido apropiarse de todo esto.

—Eso son calumnias, bardo. —Gulfer odiaba que le tomaran por imbécil—. Dejaron al dios con sus tesoros por respeto, y después se olvidaron de él.

—Y, si aquí tuvo lugar un combate, ¿dónde están los cuerpos? Entendería que la carne se hubiera convertido en polvo, pero no veo ni las armaduras.

—Se los llevarían para darle un funeral de héroes. —La paciencia del guerrero era muy escasa.

—¿Se llevan los cadáveres y abandonan las riquezas?

—Ya te he dicho que sí.

—No lo creo, todo esto es muy raro.

—Tú eres el raro, Urogallo.

—Puede que los dos tengáis razón —dijo Lord Gaus a unos pasos de distancia—. Mirad esto.

Sin quitarse la vista de encima, los dos hombres avanzaron hacia su líder. Se encontraba junto a Riss, alumbrando una nueva estatua con la luz de sus antorchas. Los iris del pícaro refulgían al contemplar la efigie de oro, pero los del viejo paladín mostraban un desasosiego impropio de su carácter seguro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gulfer.

—Fijaos. —El caballero acercó el fuego a la cara de la escultura. Ferrick ahogó un grito al contemplar el rostro deformado por el dolor de aquella estatua que representaba a una mujer blandiendo una espada. Estaba desdibujado, como derretido, en concordancia con las manchas del pasillo.

El rictus de horror de la escultura era atroz. Mientras que el cuerpo se encontraba agarrotado, retorcido pero aún con pose provocadora, quien le esculpió la cara supo plasmar el terror en toda su plenitud. Una extraña sensación de inquietud se alojó en el estómago de Gulfer, al comprender qué estaba viendo.

—Atrás —masculló con los dientes apretados.

Sus compañeros no entendieron la orden del bárbaro, pero llevaban el suficiente tiempo a su lado para saber cuando alejarse de su filo. Se hicieron

a un lado sólo para comprobar como la enorme hacha doble del guerrero partía en mil pedazos la escultura de oro. A nadie le sorprendió encontrarla hueca, pero si que les llamó la atención que estuviera rellena de huesos. El esqueleto de una persona había permanecido en el interior de aquel ataúd siniestro. Gulfer cayó al suelo de rodillas y observó los restos humanos.

—¿Qué significa esto? —se preguntó a si mismo—. ¿Qué clase de muerte horrible tuvo esta valiente?

—Le echaron oro derretido por encima —dijo Lord Gaus—, pero ni eso fue suficiente para que soltase su espada o cayese al suelo. Sin duda, su valor está a prueba de toda duda.

—Bueno, dejemos las lágrimas para las plañideras. —Riss sonrió a sus amigos antes de alejarse dispuesto a ser el primero en quedarse con el botín. Sabía que quien llegaba antes se quedaba las mejores piezas, y ése quería ser él.

—Estúpido ladrón —gruñó Gulfer, de nuevo en pie—. Sólo sabe pensar en robar. Ni todo el oro del maldito mundo podría apagar su codicia.

—Es joven y ha crecido rápido —dijo Ferrick en un intento de justificar a su compañero.

—Como todos —contestó Lord Gaus—. Como todos...

La estela de la antorcha de Seisdedos se alejaba en la penumbra. Por un instante, los ojos del paladín, entrenados durante décadas como centinela en diferentes destinos, parecieron atisbar una masa negra que se movía entre el resto de la oscuridad. Algo grande, rápido y silencioso. Algo maligno.

—No te alejes mucho, Riss —ordenó—. Tenemos que continuar explorando la cueva y te necesitamos entero.

La voz del pícaro sonó lejana desde la mancha roja que formaba su antorcha.

—Tranquilo, papi.

Después, un resplandor enorme, proveniente de la zona de Seisdedos, les cegó por un segundo. Sus córneas se habían acostumbrado a la oscuridad, y la súbita aparición de esa luz les dejó sin vista. Por fortuna, desapareció tan rápido como había aparecido.

Un olor a quemado les llegó a la nariz y eso les hizo regresar a la realidad. Aquello fue suficiente para que Gulfer echase a correr con el hacha desenfundada. Lord Gaus trató de detenerle, pero fue en vano. Miró al bardo con preocupación, y ambos siguieron los pasos de su compañero.

La antorcha estaba queda en el suelo, aún brillante. Y, a su lado, el joven Seisdedos yacía carbonizado. Toda su piel era un tizón negro, y se desprendía por momentos dejando ver la carne roja poco hecha. Su ropa estaba hecha harapos humeantes, pegado a su cuerpo como una mortaja ajustada. Gulfer observaba los restos con la mandíbula temblorosa por la ira. Su mano estaba apretada en un puño dispuesto a destrozar a su oponente, mientras que la del pequeño ladronzuelo era una garra oscura y retorcida. Las nauseas invadieron el estómago del Urogallo al ver a su compañero en ese estado. Gaus se mantenía más calmado, con la certeza de lo que debían hacer.

—Nos vamos —dijo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el bardo.

—No lo sé, pero nos supera. Salgamos de aquí.

—¡No! —El grito del bárbaro sonó como la antesala de la locura—. ¡Quiero venganza!

—Salimos de aquí ya. Riss ha pisado una trampa incendiaria. —Lord Gaus odiaba mentir, pero no podía dejar que la ira consumiese al bárbaro.

—Hay algo... o alguien. ¡Y caerá bajo el filo de mi acero!

—Nos marchamos y no hay más que discutir. ¿Qué crees que haría Riss si estuviera vivo?

El cuerpo de Seisdedos se convulsionó con un espasmo capaz de romperle la espalda. El sonido de sus pulmones al tomar aire parecía más el de un moribundo que el de un hombre que resucita. Con temblores, se llevó los dedos de puro hueso ennegrecido al lugar dónde le habían estallado los ojos. Su respiración cansada se fue tiñendo del lamento de unos gritos ahogados que suplicaban la muerte.

A Gulfer sólo le faltaba un pequeño empujón para que la rabia ciega le poseyera por completo, y eso vino en forma de risa siseante de la oscuridad. El sonido fue leve, pero llegó nítido a los oídos de los aventureros, aunque todo lo que pensaron fue que no estaban solos. Allí había algo viejo y maléfico, y había estado esperando durante demasiado tiempo a que le liberasen de su prisión de piedra.

Sin embargo, el bárbaro sólo tenía en mente el destrozar con sus propias manos al infeliz que se había interpuesto en su camino.

Alzando el arma sobre la cabeza y clamando la bendición de sus ancestros, se lanzó contra la oscuridad con la fiereza de una bestia. La ira nublabla su mente, y sólo deseaba arrancar el corazón de su enemigo y

comérselo crudo. Gulfer odiaba la magia. Gulfer odiaba que le tomaran por imbécil. Gulfer buscaba venganza.

Lord Gaus se quedó al lado de Ferrick, expectante. El sonido de las botas de cuero del bárbaro se perdió en la lejanía. Luego vino el silencio, roto únicamente por los estertores de la respiración de Riss. Tras unos instantes que parecieron eternos, se escuchó el chocar del acero contra el suelo y el ruido de huesos rotos, tal vez masticados.

El paladín supo que su enemigo era poderoso, y le costaría sangre y sufrimiento salir de aquella caverna con vida. Observó al atemorizado bardo con la ternura amarga de quien mira a su hijo y sabe que morirá al poco de nacer. Desenfundó a Lucent, su espada sagrada, y puso la otra mano en el hombro de Ferrick. Éste estaba inmóvil, con la mirada perdida en lo que quedaba de Seisededos.

—Tranquilo, amigo mío. ¿Estás bien?

—No —dijo el trovador.

—Bueno, tú piensa en lo que dirás de nosotros. Quiero que salgas vivo de esta cueva. Yo me quedaré a cubrirte. Y, a cambio, espero que cuentes la verdad. Toda esta hazaña, nuestro descubrimiento, y mi muerte heroica.

El hacha de doble filo de Gulfer apareció silbante por la oscuridad y partió la cabeza de Lord Gaus como si fuera un melón. Los sesos salpicaron a Ferrick, pero el cuerpo del paladín se mantuvo en pie, con la imponente arma clavada en dónde debía estar su cráneo. La sangre fluyó como un manantial con los últimos latidos del corazón hasta que cayó al suelo, dejando al Urogallo solo en mitad de la oscuridad.

—Si quiere que cuente que su muerte fue heroica —susurró para sí mismo—, tendré que mentir, señor.

El bardo recapituló. Riss estaba calcinado, Gulfer descuartizado o algo peor, y su líder, Lord Gaus, decapitado de una forma brutal. Magia, crudeza y una fuerza capaz de lanzar un hacha pesada como si fuera de papel. Sí, sin duda aquel era su funeral, por lo que decidió realizar su última actuación ante su enemigo. Con una reverencia, se quitó el sombrero y dijo lo más claro que pudo:

—Señores, dejad que me presente. Me llamo Ferrick el Urogallo, bardo trovador y aventurero ocasional. Hoy me encuentro ante ustedes con una historia de amor y compañerismo, de poder y traición, de sacrificio y muerte... —Al llegar a esta parte, su voz se entrecortó y sonó extraña—. En definitiva, una narración universal...

Impasible, se ajustó su emplumado accesorio y esperó su destino. Para su sorpresa, éste no llegó con su frío abrazo. Todo transcurrió con lentitud, y el bardo no pudo evitar imaginarse que aquella cueva estaba al final de los tiempos, y todo aquel que entraba en ella se quedaba allí para siempre, más allá de la vida y de la no vida. Era un narrador nato, e incluso en aquella ocasión su subconsciente le jugó la mala pasada de crear historias. Por fin, una voz gutural y sombría resonó por toda la bóveda:

—Así que eres un bardo...

¿Seguía vivo? ¿Aquello era estar muerto? Ferrick no sabía si sentirse dichoso o echarse a llorar. Había meditado por unos instantes la frase de su asesino, y respondió con toda seguridad: «sí, mi labor es narrar». Sin embargo, no estaba preparado para lo que vendría a continuación.

—Cuéntame una historia, Ferrick el Urogallo —ordenó la voz misteriosa con un tono entre triste y aburrido—. Hace mucho que no sé nada del exterior.

Las palabras se fueron clavando en su cerebro como lanzas ardientes. Una última historia, su mejor historia, con tal de salir con vida. Era joven, tenía muchas mujeres a las que abrazar y mucho vino por beber. Aquella presencia destilaba maldad, y le iba a juzgar bajo su criterio en apariencia arbitrario. Por tanto, se la jugaría con su narración más personal, es decir, la suya propia.

—Le contaré por qué me llaman el Urogallo. Viajaba con el grupo comandado por el gran Sir Crauvet cuando nos sorprendió una manada de urogallos. Aquellas aves asesinas se abalanzaron sobre nosotros, y apenas las podíamos contener. Nos refugiamos contra unas rocas, pero había demasiadas bestias para nuestra pequeña expedición. Cuando todo parecía perdido, se me ocurrió algo. Me puse a entonar los gruñidos de aquellos seres, y mi perfección fue tal que...

—No me mientas —interrumpió la voz—. Quiero la verdad.

Un súbito temblor de piernas estuvo a punto de derribar al trovador. ¿Cómo podía saber que su historia era falsa? Si eres el único que conoce una mentira, entonces ésta se vuelve verdad. Ferrick se supo acabado, presenciando su final tras un breve espejismo de esperanza. Abatido, la única opción que le quedaba era hacer frente a su vergüenza y contar aquello que se juró quedaría en secreto para siempre.

—Yo... —balbuceó—. No puedo, mi señor... lo que ocurrió aquel maldito día...

—¿Es esa tu decisión?

La daga de la muerte se cernía sobre su garganta, dejándolo sin aliento. Las lágrimas se escaparon de sus ojos, y los recuerdos fluyeron solos, como si tuvieran vida propia.

—Nos atacaron, eran decenas de aquellas bestias. El grupo hizo frente al ataque pero yo... —Tenía la boca seca, y las palabras se resistían a salir—. Me escondí tras unas rocas y me cubrí de arena. Vi como masacraban a toda la expedición, todos murieron... Aún oigo sus gritos cada vez que cierro los ojos. Tengo sus rostros agónicos grabados en la mente, y la culpa me persigue. Me hice el muerto y sobreviví. Desde entonces llevo la pluma de una de esas bestias para recordar mi comportamiento humillante.

El silencio volvió a invadir la estancia. Riss ya no respiraba, y su cuerpo inerte se confundía con las sombras del mismo modo que cuando estaba vivo.

—Tú historia no contesta a la pregunta. —La presencia se impacientaba, o tal vez estaba jugando.

—Bueno... —Ferrick forzó una sonrisa amarga—. Me hago llamar el Urogallo para que la gente pregunte sobre el apelativo, y no por mi pasado. Es una forma de desviar la atención.

Un siseo escalofriante y una leve brisa fue todo lo que obtuvo por respuesta. Se preguntó hasta cuando divertiría a aquel ser que había acabado con toda su cuadrilla, porque llegaría el momento en el que tendría que decidir entre la compañía y la sangre.

—Tus leyendas son pobres, bardo —dijo por fin, y a Ferrick se le vino el mundo encima—. Así que, deja que te narre yo una.

—¿Qué? —exclamó de forma inconsciente.

—Te contaré la historia de un tiempo pasado, más salvaje y duro. Narra la proeza de unos aventureros, del crimen que cometieron guiados por el más noble de los sentimientos y de la maldición que propagaron en todos los Reinos. Ésta no deja de ser mi historia, sobre quién soy y porqué estoy aquí encerrado. Sabrás por qué un ser casi todopoderoso se recluye en esta prisión por propia voluntad. Y, cuando termine, tal vez te deje vivir.

—En definitiva —susurró el trovador—, una narración universal...